

Benito Pérez Galdós

# Ángel Guerra



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986  
Segunda edición, revisada: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Carolus-Duran: *Retrato de Phillippe Burty*. Colección particular.  
© Christie's Images / Bridgeman Images / AGE Fotostock  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-742-0  
Depósito legal: M. 30.208-2019  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## Primera parte

- 11 1. Desengañado
- 46 2. Los Babeles
- 72 3. La vuelta del hijo pródigo
- 131 4. Leré
- 171 5. Ción
- 186 6. Metamorfosis
- 233 7. Herida. Bálsamo

## Segunda parte

- 255 1. Parentela. Vagancia
- 285 2. Tío Providencia
- 321 3. Días toledanos
- 371 4. Plus ultra
- 429 5. Más días toledanos
- 459 6. Bálsamo contra bálsamo
- 482 7. La trampa

## Tercera parte

- 513 1. El hombre nuevo
- 581 2. Casado confesor y consejero
- 615 3. Caballería cristiana
- 697 4. Ensueño dominista
- 720 5. A Bargas
- 727 6. Final



# Primera parte



# 1. Desengañado

## 1

Amanecía ya cuando la infeliz mujer, que había pasado en claro toda la noche *esperándole*, sintió en la puerta los porrazos con que el incorregible trasnochador acostumbraba llamar por haberse roto, días antes, la cadena de la campanilla... ¡Ay, gracias a Dios! El momento aquel, los golpes en la puerta, a punto que la aurora se asomaba risueña por los vidrios del balcón, anularon súbitamente toda la tristeza de la angustiada y larguísima noche. Menos tiempo del que empleo en decirlo tardó ella en correr desde la salita a la entrada de la casa, y antes que abriera ya empujaba él, ansioso de refugiarse en la estrecha y apartada vivienda.

Precipitemos la narración diciendo que la que abría se llamaba Dulcenombre, y el que entró Ángel Guerra, hombre más bien grueso que flaco, de regular estatura, color cetrino y recia complexión, cara de malas pulgas y... Pero ¿a qué tal prisa? Calma, y dígame ahora tan sólo que Dulcenombre, en cuanto le echó los ojos encima (para que la verdad resplandezca desde el principio, bueno será indicar sin rebozo que era su amante),

notó el demudado rostro que aquella mañana se traía, mohín de rabia, mirar atravesado y tempestuoso. Juntos pasaron a la sala, y lo primero que hizo Guerra fue tirar al suelo el ajado sombrero y mostrar a la joven su mano izquierda mojada de sangre fresca, que por los dedos goteaba.

—Mira cómo vengo, Dulce... Cosa perdida... ¡Quién se vuelve a fiar de tantísimo cobarde, de tantísimo necio!

El espanto dejó sin habla por un momento a la pobre mujer. Creyó que no sólo la mano, sino el brazo entero del hombre amado, se desprendía del cuerpo, cayendo en carnicería.

—¡Querido, ay —exclamó al fin—, bien te lo dije!... ¿Para qué te metes en esas danzas?

Dejose caer el herido en el sillón más próximo, lanzando de su boca, como quien escupe fuerte, una blasfemia desvergonzada y sacrílega, y después revolvió sus ojos por todo el ámbito de la estancia, cual si escuchara su propia exclamación repercutiendo en las paredes y en el techo. Mas no era su apóstrofe lo que oía, sino el zumbido de uno de estos abejones que suelen meterse de noche en las casas, y buscando azorados la salida tropiezan en las paredes, embisten a testarazos los cristales y nos atormentan con su murmullo grave y monótono, expresión musical del tedio infinito.

—¿Tienes árnica? —dijo Guerra mirándose la ensangrentada mano.

—Sí; la que traje cuando la perrita se magulló la pata. Mira, hijo, lo mejor será llamar ahora mismo a un médico.

—No, médico no— replicó él con viva inquietud—. Temo la policía, aunque no creo que nadie me haya visto entrar aquí... Si avisas a la Casa de Socorro, me comprometerás... La herida no es grave. No creo me haya interesado el hueso. La bala entró por esta parte y salió por aquí, ¿ves?... Superficial... Mucha sangre..., alguna vena rota, y nada más... Entre tú y yo nos curaremos, digo, me curaré. Soy algo médico: me luciré siendo mi propio enfermo, y tú mi practicante.



Con exquisito cuidado procedió Dulcenombre a quitarle la cazadora, descubriendo la manga y puño de la camisa, tan anegados en sangre que se podían torcer. Temerosa de lastimarle, cortó con tijeras, por encima del codo, la tela de la camisa y elástica, y trayendo en seguida una jofaina con agua, en la cual vertió gran cantidad de árnica, empezó a lavar las heridas, que eran dos, la entrada y salida de la bala, distantes como seis pulgadas una de otra.

Guerra no se quejaba, y apretando los dientes repetía:

—No es nada, y si es, que sea, ¡caramba! No llamaría médico sino en el caso extremo de tener que cortar el brazo.

—¿De veras no te duele? —preguntaba Dulce poniendo en sus dedos toda la delicadeza posible.

—No..., ¡ay!; te digo que no... ¿Y qué te importa a ti que duela o no duela?... Ahora que sale menos sangre, ponme paños bien empapados en árnica, que renovarás cada poco tiempo. Luego me traes de la botica un emplasto cuyo nombre te escribiré en un papel..., ¡ay! Tengo una sed horrible. Dame agua. ¿Hay coñac en casa?

—No; te pondré vino.

—Lo mismo da. Venga pronto, que me abraso.

Mientras bebía, el abejorro volvió a entonar su insufrible canto de una sola nota, estirada y vibrante como el lenguaje de un hilo telegráfico que se pusiera a contar su historia. Echole Guerra tremendas maldiciones, pero como sintiese ruido en la escalera, atendió a él sobresaltado y receloso.

—¿Qué tienes? —le dijo Dulce—. Esos pasos son de alguno que baja del tercero. Aquí no viene nadie. En la vecindad no nos conocen ni las moscas. Échate a descansar sin miedo.

—No sé... ¡Maldita suerte! —replicó Ángel gesticulando con el brazo hábil—. Si vienen a prenderme, que vengan. Todo perdido por falta de dirección y sobra de pusilanimidad... A la hora crítica, los leones de club se vuelven corderos y se meten debajo de la cama, y los traidores se disfrazan de prudentes. La

mayor parte de las tropas comprometidas se asustan de la calle como las monjas, y no se atreven a salir del cuartel. ¡Qué noche! Tengo fiebre. ¿Sabes una cosa? La claridad del día me incomoda. Cierra las maderas y enciende luz, a ver si duermo. No, imposible que yo descanse... ¡Por vida de...! ¡Cuánto me molesta ese bicharraco estúpido!

—Déjalo —dijo Dulce, riendo de los insultos que Ángel siguió dirigiendo al pobre insecto—; ya procuraré yo quitarle de en medio. Verás... Acuéstate ahora.

Cerró las maderas y encendió luz, figurando la noche en la reducida sala, y acto continuo pasó a la alcoba para arreglar la cama, que era grande, dorada, la mejor pieza de todo el mueblaje. Después ayudó al herido a quitarse la ropa. Mejor será decir que le desnudó; condújole al lecho, le acostó, arreglando los almohadones de modo que pudieran sostener el busto en posición alta, y colocándole el brazo sobre un cojín de la manera menos incómoda.

—Antes que se me olvide —le decía Guerra al acostarse—: recoge toda la ropa ensangrentada y lávala de prisa y corriendo... Otra cosa. Cuando salgas a la compra, tráeme periódicos, aunque sean monárquicos. ¿Qué hora es? ¿Dices que la vecindad no nos conoce? Bien puede ser, porque sólo hace ocho días que habitamos en este escondrijo, y nadie lo sabe más que tu familia, de la cual, acá para entre los dos, no me fío ni me fiaré nunca.

—No pienses mal de mis pobrecitos hermanos ni del infelizote de papá.

—¡Pobrecitos, sí! (*Con cruel ironía.*) Serían capaces de venderse a sí propios el día en que no pudieran vender a los demás. Más tranquilo estaría yo si supiera que ignoran donde me encuentro... ¡Ay, Dulce de mi vida, procura matar a ese moscardón del infierno, o yo no sé lo que va a ser de mí! Mis nervios estallan, mi cabeza es un volcán; yo reviento, yo me vuelvo loco, si ese condenado no se va de aquí. Acéchale, ponte en

guardia con una toalla o cualquier trapo... Aguantas el resuello, te vas aproximando poquito a poco, para que él no se entere, y cuando le tengas a tiro, ¡zas!, le sacudes firme.

Procedió Dulcenombre, bien instruida de esta táctica, a la cacería del himenóptero; pero él le ganaba, sin duda, en habilidad estratégica, porque en cuanto la formidable toalla (graves autores sostienen que no era toalla, sino un delantal bien doblado y cogido por las cuatro puntas, formando uno de los más mortíferos ingenios militares que pueden imaginarse) se levantó, amenazando estrellarse contra la pared, el abejón salió escapado hacia el techo burlándose de su perseguidora.

La cual, desalentada por la ineficacia de su primer ataque, volvió al lado de su amigo, diciéndole:

—Pues no debes temer nada de los míos. A tu casa irá probablemente la policía, y tu madre dirá que no sabe dónde estás..., como que, en efecto, no lo sabe ni lo puede saber.

Al oír nombrar a su madre, oscureció el rostro de Guerra. De lo que murmuraron sus labios, hervor del despecho y la ira que rescoldaban en su alma, sólo pudo entender Dulce algunas frases sueltas.

—¡Pobre señora!... Disgusto horrible cuando sepa...

Y luego, queriendo descargar con un suspiro forzado, que parecía golpe de bomba, la pesadumbre y opresión que dentro tenía, añadió esto:

—Despedime de ella hace cuatro días, diciéndole que iba de caza a Malagón... ¡No es mala cacería!... Cazado yo.

Tan abstraído estuvo, que el zángano pasó dos veces por encima de las almohadas, reforzando su infernal *trágala*, y Guerra no se dio cuenta de ello. Fue preciso que por tercera vez pasara el maldito, casi tocándole la punta de la nariz, con lo cual se evidenció que la burla rayaba en procaz insolencia, para que el otro lo notara y se revoliera airado contra *la fiera*, gritándole:

—Canalla, trasto, indecente; si yo no estuviera amarrado en esta cama, verías.

Poco faltaba para que en la excitada imaginación de Guerra se representase el zumbador insecto como animal monstruoso que llenaba todo el aposento con sus alas vibrantes. Empezó Dulce de nuevo la persecución, y eran de ver su agilidad y tino, las cualidades estratégicas que en la desigual lucha iba desarrollando; cómo se aproximaba quedamente; cómo blandía el arma formidable; cómo seguía el vuelo curvo del enemigo en sus rápidos quiebros, adivinándole las retiradas y anticipándose a ellas; cómo, en fin, se prevenía contra su astucia, embistiéndole por el flanco menos peligroso, que era aquel en que no le delataba su propia sombra... Por último, uno de los muchos disparos con el lienzo insecticida fue tan certero, que el monstruo, sin exhalar un ay, cayó al suelo con las patas dobladas, las alas rotas.

—Peció —dijo Dulce con la emoción de la victoria, inclinándose para verlo hecho un ovillo negro y peludo. En su agonía, parecía comerse sus propias patas y hundir la cabeza en la panza turgente.

—¡Maldita sea su alma! —exclamó Guerra con júbilo—. Así quisiera yo ver a otros que zumban lo mismo, y merecen también un toallazo... Ahora paréceme que dormiré.

Vencido del cansancio, no tardó en caer en un sopor, que más bien parecía borrachera.

## 2

De la cual salió súbitamente, y como de un salto, media hora después, porque no vale que el cuerpo tome la horizontal cuando las ideas se obstinan en ponerse en pie; ni vale que los músculos fatigados se relajen y apetezcan la quietud cuando la sangre se desboca y los nervios se encabritan. Lo primero de que el herido se hizo cargo fue de la soledad en que se encontraba, pues Dulcenombre habla salido. Sintió en torno suyo la

impresión triste de la ausencia del ser que a todas horas llenaba la casa con su tráfago diligente y amoroso.

«¡Qué buena es esta Dulce –pensó–, y qué vacías, qué solas, qué huérfanas quedan las cosas cuando ella se va!»

Al pensar esto, como volviera a sentir el zumbido del insecto, se inflamó de nuevo en ira y deseos de destrucción.

«O ha resucitado ese miserable –se dijo–, o ha venido otro a ocupar la plaza.»

Mas era un ruido puramente subjetivo, efecto de la debilidad y de la excitación de los nervios acústicos. El reloj de San Antón dio las ocho, y Ángel, después de contar cuidadosamente las campanadas, quedose con la duda de haber acertado en la cuenta. Los rumores de la calle se desfiguraban y acrecían monstruosamente en su cerebro: el paso de un carro se le antojaba rodar de artillería, y los pregones, alaridos de combate; los pasos de los vecinos en la escalera, movimiento de tropas que subían a ocupar el edificio. Felizmente, el chirrido del llavín en la puerta anunció el regreso de Dulce. Alegrese Guerra al oírlo, como niño abandonado que se ve de nuevo en brazos de la madre.

–Hija mía –la dijo al verla entrar con su pañuelo por la cabeza y su mantón sobre los hombros–. Si no vienes pronto, no sé qué es de mí. Me abruma la soledad.

–Te dejé dormido, monín –replicó ella, abalanzándose sobre la cama para acariciarle con ternura–. ¿Por qué has despertado? ¿Qué tal te encuentras? Y el bracito, ¿te duele?

–El brazo está como dormido, como muerto; no siento más que unas cosquillas... que suben hasta el hombro..., y la sensación de que la parte herida es grande, tan grande como todo mi cuerpo. Tengo fiebre, y bastante alta, si no me equivoco.

En el mismo instante, una galguita esbelta cuyas patas parecían de alambre saltó sobre el lecho y empezó a acariciar al herido. Dulce cuidó de que el inquieto animal no lastimara el brazo enfermo, para lo cual le dirigió una admonición muy ex-

presiva y graciosa. Por segunda vez apuntó la idea de traer un médico; pero Guerra se opuso terminantemente, quitando importancia a su herida. En cambio, pudo convencerle de que aquella fingida noche en que estaba, con las maderas cerradas y la luz encendida, más propicia era a la tristeza lúgubre que al descanso reparador. Y se apagó la vela y se abrieron las maderas; pero con la claridad solar. Guerra se excitó más, mostrando ganas de levantarse y apetito insaciable de charla. Mucho le contrariaba que Dulce no le hubiese traído periódicos, y ella prometió bajar más tarde, en cuanto los sintiera vocear. La pobrecilla se hubiera partido en dos de buena gana para poder atender a la cocina y a la alcoba, al puchero y al hombre. Iba y venía con celeridad no inferior a la de la galguita, y después de trastear allá dentro volvía para engolosinar a su amigo con una palabra cariñosa, para arroparte y acomodar el brazo sobre el cojín. Al pasar por la salita no dejaba de dar un empujón a las butacas y sillas, poniéndolas en su sitio; de arreglar lo que desde la noche anterior permanecía revuelto; de pasar rápidamente un paño por lo más cargado de polvo, y sintiendo mucho no poder hacer limpia general, corría a la cocina, donde diversas faenas la reclamaban. Dígase de paso que la habitación era pequñísima, que no tenía gabinete, sino tan sólo sala de un balcón, y alcoba separada de aquella por puerta de cristales; que estas dos piezas uníanse por pasillo nada corto a la cocina y comedor, cuyas ventanas daban al corredor del patio. La casa era de estas que pueden llamarse mixtas, pues en la fachada había cuartos de mediana cabida, de ocho a diez duros de inquilinato; en el fondo, patio con corredores de viviendas numeradas, de cincuenta a ochenta reales. Una sola escalera servía el exterior como el interior de la finca, situada en la corta y solitaria calle de Santa Águeda, que comunica la de Santa Brígida con la de San Mateo.

Dulcenombre consiguió de Ángel que consintiese en estar encerrado un rato para poder abrir el balcón de la sala y ba-

rrer, limpiar y ventilar ésta. Concluida la operación en un periquete, la joven, escoba en mano, fue a dar un poco de palique a su amante:

—¡Ay, hijo mío, qué cosas decían en la plazuela! Que habéis sido unos tontos, y que no sabéis hacer revoluciones.

—Dicen la verdad; unos por inocentes, otros por traidores, todos merecemos el desprecio de las placeras.

—Pues anoche, a eso de las diez y media, toda la vecindad del patio salió de los cuartos, como las hormigas en tiempo de calor, porque se corrió la voz de que había gran trifulca. Yo me asomé a la escalera, y uno decía que verdes, otros que maduras. Contó no sé quién que la caballería sublevada había pasado por la calle de la Puebla dando gritos, con un oficial a la cabeza, que, revólver en mano, se desgañitaba diciendo que viviera la República. ¿Es verdad esto? Pues luego cada persona que llegaba a la casa traía una papa muy gorda. Uno que Palacio estaba ardiendo por los cuatro costados, otro que diecisiete generales se habían echado a la calle...

—¡Diecisiete rayos! —exclamó con furor el enfermo—. Alguno había comprometido, es verdad; pero estos comodones se quedan detrás de la puerta viendo la función, y si sale bien se llaman a la parte; si sale mal corren a presentarse al ministro de la Guerra.

—En medio de aquel barullo, yo me hacía la tonta, como si nada supiera, y me asombraba de cuanto me decían. Hoy, en la plazuela, he oído que fracasasteis antes de empezar, y que no habéis hecho más que chapucerías.

—¡Chapucerías! Voy creyendo que en la plazuela nos juzgan como merecemos. Mira, Dulce, si no nos hubieran faltado los de los *Docks*, qué sé yo...

—El tío Pintado, el escarolero..., tú no lo conoces..., aquel vejete que tiene su cajón al lado de San Ildefonso... Pues me contó que él ha sido tremendo para estas cosas de revoluciones, y que el cincuenta y tantos y el no sé cuantos, él solo con cuatro

amigos cortó la comunicación de la Cava Baja con la calle de Toledo, y que la tropa tuvo que romper por dentro de las casas. En fin, te mueres de risa si le oyes ponderar lo héroe que es. En su cajón había esta mañana un corro muy grande, y él, con ínfulas de maestro, os criticaba, porque en vez de encallejonaros en la estación de Atocha, debisteis iros a la Puerta del Sol y apoderaros del Principal.

–Tiene razón ¡Si es de sentido común!...

–Dijeron allí también que habíais matado tontamente a dos generales o no sé qué, y que los patriotas de hoy no servís más que para ayudar a misa.

–También es verdad. Merecíamos ser apaleados por los de Orden Público, o que los barrenderos de la Villa nos ametrallaran con las mangas de riego. ¡Desengaño como este...! Parece que despierto de un sueño de presunción, credulidad y tontería, y que me reconozco haber sido en este sueño persona distinta de lo que soy ahora... En fin, el error duele, pero destruye. Treinta años tengo, querida mía. En la edad peligrosa cogíome un vértigo político, enfermedad de fanatismo, ansia instintiva de mejorar la suerte de los pueblos, de aminorar el mal humano..., resabio quijotesco que todos llevamos en la masa de la sangre. El fin es noble; los medios ahora veo que son menguadísimos, y en cuanto al instrumento, que es el pueblo mismo, se quiebra en nuestras manos, como una caña podrida. Total, que aquí me tienes estrellado, al fin de una carrera vertiginosa...; golpe tremendo contra la realidad... Abro los ojos y me encuentro hecho una tortilla; pero soy una tortilla que empieza ver claro.

Al llegar a este punto sintió el herido gran debilidad, que reparó con un poco de café. Como sintiese también alguna molestia en el brazo, no quiso diferir la aplicación del emplasto. Dulce salió en busca de la medicina, tardando como una media hora, y al volver se trajo un rimero de periódicos, que Ángel desfloró, recorriéndolos con ansiosa y superficial lectura,



para cazar la noticia verdadera en aquella selva de informaciones precipitadas. Como tenía más fiebre que apetito, y parecía natural que al enfermo le sentara mejor el buen caldo que los periódicos, Dulce cortó la ración de éstos y activó el puchero, que era sustancioso, riquísimo, con su poco de gallina, su jamón y vaca con hueso. Deslizose toda la mañana, sin que nada ocurriese de particular. Después de recorrer ligeramente parte de la prensa, sintiose Ángel fatigado; mas sus intentos de dormir fueron inútiles. Cerraba los ojos, y en vez de aletargarse, el cerebro reproducía fielmente las escenas de la tarde anterior, precursoras de la descabellada intentona de la noche. Veíase en el cafetín de Nápoles, concertando con el capitán Montero ciertos detalles del plan, fijando la hora exacta. Él, Guerra, secreteaba a su amigo las órdenes del brigadier Campón, que había de ponerse al frente de los sublevados. Montero respondía de los sargentos; pero ponderaba la dificultad de sacar del cuartel las tropas, burlando al coronel y a los oficiales. Todo dependía de la temeridad y arrojo del capitán, que era de la piel del diablo.

Abría Guerra los ojos, y de la representación del hecho pasaba su pensamiento bruscamente al desairado fin de su aventura.

«Todo es humillante –decía– en este fracaso, hasta la herida que he recibido. La muerte o una herida grave hubiera correspondido a la intención; pero esta puntada en el brazo no me permite considerarme víctima, ni héroe, ni nada. Para que todo resulte chabacano, hasta mi herida... apenas me duele... Y ahora se me ocurre: ¿qué habrá sido de aquel descachado Campón? Los periódicos dicen que abandonó el tren al saber que tampoco los de Alcalá respondían, y a estas horas andará fugitivo, dado a todos los demonios, hasta que le cacen los monárquicos. Le fusilarán por no haber sabido escurrir el bulto cuando vio vénula mala. ¡Pobre Campón! No me atrevo ya a decir que es glorioso dar la vida por esta idea; no me atrevo

a clamar venganza. La idea está tan derrengada como sus partidarios, y no puede tenerse en pie.»

3

La debilidad de su cuerpo y la ebullición mental se manifestaron de improviso en el terreno de la ternura. Llamaba a su compañera para decirle con pueril afán:

–Dulcísima, ¿me quieres? ¿Pero me quieres de verdad?

Ella respondía que sí con efusión del alma, añadiendo a la palabra demostraciones materiales que restallaban en la alcoba, porque entre otras particularidades fisiológicas tenía la de besar de una manera ruidosa y descompasada. Queriendo arrancarle confesiones de más valía, Ángel la interrogaba así:

–¿Me quieres por encima de todos y de todo? ¿Me perdonas que te arrancara a tu familia, juntándote con un hombre que está fuera de la ley y que puede dar con sus huesos en el destierro o en el patíbulo?

Dulcenombre se echó a reír, diciendo que para ella no había más familia que él ni más leyes que la voluntad del hombre amado, y que le seguiría a cuantas aventuras se quisiera lanzar. Agregaba que el dejar a su familia no era un mérito, pues cualquier género de vida, aun el más deshonesto, valía más que vivir con sus padres y hermanos.

–En eso estamos conformes –dijo Guerra–, y al sacarte de tu casa te saqué de una leonera; pero si allí no eras más honrada, estabas más libre.

–No me gusta la libertad –se apresuró a decir Dulce–. Me siento mejor sometida, y con el cuello bien amarrado al yugo de un hombre que me gusta por el alma y por el cuerpo. Obedecer queriendo es mi delicia, y servir a mi dueño, siendo también por mi parte un poco dueña de él, quiero decir, esclava y señora... Pero déjame ir un momento a la cocina, que se nos quema el puchero.

Al quedarse solo, Ángel reflexionaba diciéndose:

«En medio de tantas desgracias y caídas, tengo el consuelo de poseer esta leal alma amiga, dechado de fidelidad, paciencia y adhesión, que cogí como con lazo en una selva oscura. Mi vida no es tan triste y desairada como he podido creer, porque esta mujer me la ennoblece y me colma de consuelos espirituales.»

Acordábase al punto de su madre y de su hija, y si el recuerdo de la primera causábale cierto terror, al pensar en la segunda se desbordaba en su alma la ternura. Urge decir que Ángel Guerra era viudo y tenía una niña de siete años llamada Encarnación, a quien amaba con delirio. Su mayor pena en la encierro a que se veía condenado, y a la cual probablemente seguiría larga proscrición, era verse alejado por tiempo incalculable de su inocente hija; y también le inquietaba la idea de una definitiva ruptura con su madre, a quien respetaba y quería, no obstante la infranqueable diferencia de opiniones entre ambos. Almorzó aquel día sin gana, fumó más de lo conveniente, pidió sus libros, en los cuales leyó algunas páginas sin enterarse de nada, y hastiado del tabaco y de las letras renegó de su suerte y de los motivos de tan fastidiosa esclavitud. Dulce le consolaba desde la sala con palabras festivas y amorosas, mientras se peinaba sentada frente al armario de luna. Conviene ahora decir que Dulcenombre era bonita, y que lo habría sido más si su natural belleza hubiera tenido el adorno de las carnes lozanas, que por sí solas decoran y visten una figura de mujer. ¡Lástima que fuese, más que delgada, flaca, y tan esbelta que la comparación de su cuerpo con un junco no resultaba hipérbole! Era su rostro de una nobleza indiscutible, el perfil muy acentuado en el corte de la distinción y espiritualidad, cara y silueta dignas de lucir en un teatro con trajes históricos, dignas también de un bajorrelieve de alabastro ahumado por el tiempo. Por esto Ángel Guerra bromeaba con su querida diciéndole que parecía una princesa borgoñona o italiana, sacada de su sarcófago y rediviva por conjuros del diablo. Su mal color, como de

leche y miel de caña mezcladas en buena proporción, abonaba aquel juicio. Tenía entonces veinticuatro años, y representaba treinta, señal de que su hermosura y su juventud tendían a consumirse pronto, como velas con doble pabilo, y antes que se acabara en ella la mujer ya se estaba anunciando la momia.

Nadie pareció por la casa en todo el día. La soledad y abandono en que vivía la pareja fueron de grandísimo consuelo para el revolucionario, que empezó a tener confianza en la impunidad. Su mayor recelo era que Arístides y Fausto, hermanos de Dulcenombre, llamasen a la puerta.

—No vendrán —dijo ella—. ¿A qué cuento habrían de venir ahora, si no vienen casi nunca?

—No conoces a tus hermanos, hija mía. Vendrán sólo por el gusto de figonear, de molestarme y de venderme, si hubiera quien les diese algo por mí.

—Estate tranquilo. Sólo vendrían en el caso de que yo tardara muchos días en ir allá. Para evitar que nos visiten, pasaré esta noche o mañana si te parece.

—Sí, sí. Y llévalos algo para que el mal humor, hermano gemelo de la penuria, no les ponga en ese estado particular del espíritu que engendra el dolo y las traiciones.

Quedó convenido esto, y Guerra descansó largo rato hasta la tarde. Ya de noche, después de comer, cuando Dulce había encendido la lámpara, disponiéndose a emplear un par de horas en el arreglo de su ropa, el herido se animó considerablemente. No podía estar quieto; sus ganas de hablar rayaban en frenesí, y como era aquella la hora de la cháchara y de las disputas con los amigos en el café o en algún círculo más o menos público, la costumbre imponía su fuero, y el hombre habría charlado consigo mismo si no tuviera a su querida para componerse un auditorio. Hízola pasar de la sala a la alcoba, llevando la luz, la silla baja, la cesta de ropa y una caja en que tenía los chismes de costura, la cual puso sobre la cama por no haber sitio más apropiado. A la cama saltó también la perra; la

lámpara fue puesta sobre la mesa de noche, para que dominara con su claridad todo el grupo, que resultaba simpático. Ángel sentía febril apetito de contar las ocurrencias de la noche anterior, en las cuales había sido actor o testigo, y añadir los comentarios propios de sucesos tan graves. Por momentos se figuraba tener delante a su trinca del *Círculo Propagandista Reivindicador*, y que alguien le contradecía, excitándole más. Cuando un hombre ha presenciado sucesos que pasan a la Historia, aunque sea de contrabando, y que acaloran la opinión, natural es que sienta el prurito de contarlos, de rectificar errores y de poner cada cosa y cada persona en su lugar. En Guerra hablaban aquella noche el orgullo del testigo que sabe lo que los oyentes ignoran, el amor propio del narrador bien informado y el coraje del revolucionario sin éxito.

Atención.

—Mira tú, querida, y te aseguro que el general Araña estaba comprometido, aunque con reservas. Un amigo suyo, paisano, fue a nuestras reuniones de la calle de la Estrella y de la calle de la Fe, y nos dijo: “Señores, si el general Araña, al estallar el movimiento, se presentara, ¿qué harían ustedes?”. A lo que respondió Campón: “Pues nos pondríamos todos a sus órdenes”. A pesar de este ofrecimiento, no contábamos con el general Araña, ni con el general Socorro, a no ser que desde el primer momento tuviéramos asegurado un triunfo indiscutible.

»Pues verás otra cosa. Los periódicos censuran el movimiento por descabellado, fíjate bien, y dan por cierto que lo realizaron los ochenta hombres a caballo de “Simancas” y las dos compañías de infantería de “Ceriñola”. Lo que hay es que estos infelices fueron los únicos que tuvieron arranque para cumplir lo pactado. Yo te aseguro, como si lo hubiera visto, que en un patio del cuartel de la Montaña estuvo formado el batallón de “Andújar”. Los sargentos y los oficiales nuestros lo habían arreglado bien; pero... lo que pasa en estos casos...: entra el coronel, y ya tienes perdida toda la fuerza moral de los